

Un beso en Tokio

COLECCIÓN
Las Hespérides

CRISTINA CARRILLO DE ALBORNOZ

Un beso en Tokio



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2023

© De los textos: Cristina Carrillo de Albornoz Fisac

Madrid, abril 2023

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN 978-84-18657-39-9

D. L.: M-7473-2023

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*Mi objetivo es diseñar una arquitectura de serenidad,
que viva en los corazones de la gente.
La inteligencia artificial cambiará el mundo,
pero la arquitectura nunca será el trabajo de ordenadores.
La inteligencia humana debe estar por encima de todo.*

Tadao Andō

Contamos / los colores, los años, / las vidas y los besos (...)

Oda a los números, Pablo Neruda

El sueño

Alberto Giacometti colocó un paño húmedo sobre la cabeza que estaba esculpiendo, luego cerró su estudio y se dirigió al Sphinx, el burdel de lujo situado en el centro de París, donde solía tomar una copa al final de la tarde. Al entrar vislumbró a Caroline: ¡había vuelto! Desnuda de cintura para arriba, como tantas veces, era de sus ojos magnéticos de donde no podía apartar la mirada. Unos ojos de terciopelo pulverizado que lo absorbían instantáneamente y que, a su vez, ¡oh, paraíso!, jugaban con los suyos. De nuevo se sintió feliz...

—¡Ah! —exclamó Kengo Ōe al levantar la cabeza de la mesa de su despacho y golpearse contra el foco de luz. Se había quedado de nuevo dormido.

Miró por la ventana del piso treinta de la torre de Roppongi Hills, sede principal de San & Ōe Arquitectos y Asociados, uno de los más célebres despachos de arquitectura del mundo. Se dio cuenta de que era de noche en medio del brillantemente iluminado Tokio. Rodeado de rascacielos, sintió nostalgia del horizonte infinito, pero el dolor causado por el golpe lo devolvió a la realidad. Había vuelto a soñar con la relación entre Alberto Giacometti, el gran escultor suizo, y Caroline, su última modelo, musa y amante, una prostituta que conoció cuando él tenía cincuenta y ocho y ella veinte; una historia nada convencional y muy liberadora

que le recordaba a la que en otro tiempo había gozado con su esposa Fukiyo.

Seguía haciendo caso omiso a los buenos consejos de su socio, Shomei San; continuaba en el despacho hasta altas horas de la noche.

La llamada de Shomei San

A las siete en punto de cada tarde, desde el rincón del mundo donde se encontrase, el genial arquitecto japonés Shomei San, acérrimo humanista, realizaba una de las escasas llamadas diarias al despacho San & Ōe Arquitectos para recordar, a quienes aún permanecieran en uno de sus cuatro pisos, que se marcharan. De no hacerlo, casi todos continuarían trabajando hasta la madrugada, convencidos de que era la única forma de forjar una carrera seria. Lejos de estar de acuerdo con ellos, el maestro San, asiduo lector de Bertrand Russell, no solo tenía fe ciega en la capacidad regenerativa del ocio, sino que estaba convencido de que, sin la ociosidad, la humanidad no habría salido de la barbarie.

Sin embargo, su socio Kengo Ōe, de cuarenta y ocho años, que siempre había compartido la misma filosofía, hacía tiempo que permanecía casi mecánicamente hasta entrada la noche en su despacho. Cuando llegaba a su casa se quitaba los zapatos, se ponía las getas que su esposa Fukiyo le dejaba en la entrada y automáticamente se precipitaba al ordenador para teclear: «¡Ya estoy en casa!».

El día comienza. Sé deseable

Era ya costumbre en el estudio San & Ñe Arquitectos y Asociados que todo se efectuara en un terso silencio. Se saludaban con un cortés «buenos días», con los ojos clavados en el suelo, sin desacelerar el paso. Las comunicaciones se realizaban por correo electrónico, incluso cuando el compañero estaba sentado al lado. Hablar de manera directa e improvisada los paralizaba, de tal forma que cuando se recibían llamadas por las líneas fijas de los teléfonos la mayoría de los empleados no se movían para descolgar el auricular.

Durante los descansos, obsesionados por los *likes* que tendrían en sus redes sociales, intercambiaban mensajes y fotografías retocadas con conocidos de fuera. Parecía que sus teléfonos se hubieran tragado la realidad. Cuando milagrosamente surgían conversaciones, estas eran sobre temas *cool* del momento: los nuevos zapatos de tacón de cuña de dieciséis centímetros, el fabuloso diseño interior de coches descapotables, los masajes espirituales en el nuevo Anti-Spa o los perfumes excitantes que te prometían ser bellamente deseado. *To be or not desirable; that was the question*. Quien no era deseado no era nadie, no era nada.

Trabajaban un total de veinticinco arquitectos, escogidos entre los alumnos más brillantes de las mejores universidades. Al llegar a la oficina en la mañana, apretaban el botón de encendido del ordenador, comprobaban las novedades e hipnótica-

mente permanecían frente a las pantallas durante horas. Todos parecían extraños e invisibles a los otros. Los veinticinco arquitectos pertenecían a esa nueva generación de *screenagers*. «Vivían» rodeados por los demás, pero en realidad estaban aislados. Interactuaban con y a través de los maravillosos aparatos. En ese universo se sentían perfectamente a salvo; no necesitaban temer ni sentir. Presionando una tecla obtenían lo que deseaban. A veces, observándolos, Shomei San, que consideraba la nueva realidad alarmante para la práctica de la arquitectura y para la existencia humana, recordaba con nostalgia a su maestro de escuela explicándoles la complejidad del mundo a través de hechos tan simples como pelar y descomponer una manzana. Entonces Shomei San soñaba que un virus acababa con los ordenadores, alterando por completo el ritmo de la desquiciada vida *online*.

Cuando Shomei San y a Kengo Ōe convocaban a sus jóvenes arquitectos a una reunión y les pedían sus opiniones, la única respuesta que obtenían era un sonido onomatopéyico: «Uhmml!»; se quedaban ensimismados y los más resueltos de entre los veinticinco, se confesaban «agotados de tanto pensar» ante el ingente trabajo diario. Ambos estaban convencidos de que «sus veinticinco», como los llamaban, seguramente tendrían muchos conocimientos, pero la inconsolable realidad era que no sabían discurrir ni ejercían la sana actividad de reflexionar. Horrorizados ante el estremecedor empobrecimiento espiritual del ser humano, San y Ōe no cesaban de inculcar a sus veinticinco la importancia de cultivar los valores básicos de cortesía, empatía y gratitud.

Este desasosiego ante la soledad y el aislamiento de la sociedad moderna lo compartían en sus conferencias en universidades con grandes filósofos como Zygmunt Bauman. Por ello, cuando Shomei San y Kengo Ōe aceptaban una invitación

siempre concluían su presentación de la misma forma: «Levantad vuestras miradas de la pantalla del ordenador. Para ser un buen arquitecto hay que ser primero un buen ser humano. A ser posible también un humanista. Dejad la vanidad de un lado. Si no sentís lo que sucede a vuestro alrededor, si no conectáis con los demás, no vais a poder ser arquitectos».

Kengo Ōe trabajaba incesablemente. Era el primero en llegar al despacho y el último en irse, e incluso celebraba reuniones el domingo por la noche para preparar las tareas del lunes. Pero la suya no era una existencia aislada ni anclada en la aparente seguridad virtual de los jóvenes arquitectos de su despacho, y menos aún en el deseo de ser el mejor en la arquitectura de su época. Su caso era más complejo.

Cuando dos décadas atrás Kengo Ōe y Shomei San, ambos con veintiocho años, habían fundado la firma San & Ōe Arquitectos, San entreveía en el idealista y extrovertido Kengo Ōe al perfecto socio para lograr la vida que él soñaba e idear construcciones que mejoraran el futuro, deleitaran a la gente y redefinieran con un nuevo pensamiento el universo cambiante de la arquitectura.

Kengo Ōe era uno de los arquitectos más prometedores y refinados en el Japón de los noventa. Poseía el don que los griegos consideraban «regalo divino», el de captar la atención y admiración de otras personas gracias a sus cualidades excepcionales, su carismática personalidad y una bella apariencia. Con su pelo ligeramente largo y ondulado, sus modales intachables y la palabra perfecta siempre en los labios, era un seductor nato. Hablaba lentamente, pero con pasión, como si estuviera resolviendo dudas a la vez, algo por lo que se ganó la reputación de arquitecto filósofo. De ideas revolucionarias e innovadoras,

Ōe trabajó desde el comienzo apuntando hacia una arquitectura sobria que trascendiera el aspecto puramente material del edificio. Quería crear una obra que perdurase en la memoria, como lo hace un recuerdo, más allá de la forma o de la estricta necesidad. Soñaba con una nueva perfección, lejos de las reglas, con raíces en la modernidad y la tradición de Japón y en los maestros occidentales modernos. Este ideal arquitectónico, poético y perfeccionista, se reflejaba también en su persona, y en su atuendo depurado, siempre con impecables trajes, una gardenia en el ojal de la chaqueta y zapatos de cuero de Togo. Aunque Ōe y San se habían conocido antes de comenzar la carrera en un viaje por el sur de Francia y se frecuentaron en la universidad, solo fueron conscientes de su profunda afinidad cuando Kengo Ōe, tras finalizar la carrera, realizaba unas prácticas en el despacho del célebre maestro Tadao Andō. Asistieron juntos a una conferencia del maestro sobre la arquitectura y la luz y, acto seguido, se fueron a cenar. A los pocos meses fundaron una nueva firma de arquitectos juntos.

Kengo Ōe fue el primero en hablar abiertamente a Shomei San de lo mucho que amaba la arquitectura y de cómo debería estar conectada a sus vidas, a sus propios sueños, a la poesía y a la gente. Acostumbrado al trato reservado, le sorprendió gratamente que alguien japonés se refiriera a una profesión en términos de «amor» y no tanto de «interés». Al maestro Shomei San siempre le había asombrado la naturalidad con la que en Europa la gente expresaba sus opiniones y hablaba de lo que amaba y de lo que no. La educación de Shomei San había estado marcada por los códigos del honor, la obligación, el rigor y le habían inculcado que no todas las opiniones importan y que sus puntos de vista debían manifestarse sin oprimir ni ofender a los demás. Había sido un estudiante sobresaliente y, como en Japón tan solo los mejores gozaban de la oportunidad de estudiar ar-

quitectura, Shomei San consiguió matricularse y se convirtió en arquitecto.

Por el contrario, el maestro Kengo Ōe necesitaba que sus ideas y opiniones, ya fueran bellas o chocantes, fueran claramente entendidas. Provenía de una prestigiosa familia de samuráis, y su padre, un poeta reconocido internacionalmente, lo había educado de manera más abierta. Ello se traducía en su visión innovadora y cosmopolita de la arquitectura. Optimista incurable, proyectaba entusiasmo en todo lo que se proponía. Ese hombre con luz y fuerza era el socio con el que Shomei San había comenzado a trabajar hacía veinte años.

A lo largo de esas dos décadas juntos habían proyectado aeropuertos y residencias privadas en Estados Unidos, torres en Europa, museos en Oriente Medio, puentes en Asia y también edificios para las mejores casas de moda parisinas en Tokio. Planeaban nuevos proyectos en San Petersburgo, Chicago, Abu Dabi... Había sido un arduo camino hasta que sus ideas, consideradas por muchos como imposibles de edificar, fueron reconocidas, y sus proyectos, que sorteaban los códigos estrictos de la construcción, se realizaron. Consiguieron lo que se habían propuesto: crear un lenguaje arquitectónico novedoso imprimiendo las nuevas bases de la arquitectura del siglo XXI.